

11. Reencontrar el “yo” definido por la llamada a Cristo

Cuando Jesús corrigió a Pedro, como no lo había hecho jamás, ni siquiera cuando no entendía nada, o entendía todo al revés, y ni siquiera cuando Lo negó, lo hizo subrayando una dimensión fundamental de nuestra relación con Cristo, y con Cristo en la culminación pascual de su misión, de su presencia para nosotros. Una dimensión fundamental que pienso que tenemos que profundizar, porque es en esto donde se decide, decidimos libremente, si seguimos a Cristo o no, si Le pertenecemos o no, si nos dejamos salvar y redimir por Él o no.

Lo he subrayado ya, pero es algo para profundizar. Jesús no grita a Pedro: “Aléjate de mí, Satanás, eres para mí piedra de escándalo porque no comprendes nada, porque eres un testarudo, porque eres un presuntuoso, porque eres un pecador, porque eres una maraña de debilidades, de incoherencias...”. No, sabemos que todo esto no ha sido nunca un obstáculo para que se realizara la misión de Jesús en sus discípulos y a través de ellos. Es cierto que todo esto le daba dolor, a veces le hacía perder la paciencia, como a todos los padres cuando educan a sus hijos adolescentes, pero nada de todo ello era y es obstáculo para la misión redentora del Hijo de Dios. Ni siquiera la negación de Pedro, que es como si Jesús la considerase una cosa obvia, algo dado por descontado, aún más, una experiencia que hará bien a Pedro, porque así tendrá experiencia de sí mismo, de su verdad, e incluso de qué manera su vida no tiene consistencia sin Jesús, negando su pertenencia a Jesús.

Durante la última Cena, Lucas recoge una frase de Jesús dirigida a Pedro que expresa toda su ternura y su certeza de que el designio del Padre se realizará siempre y, sin embargo, a pesar y a través de la fragilidad humana de los discípulos: “¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando te recobres, confirma a tus hermanos” (Lc 22,31-32).

Sí, Satanás nos criba para dividirnos entre buenos y malos, entre fieles e infieles, entre puros e impuros, entre dignos e indignos, y, con frecuencia, consigue separarnos de Jesús más con el orgullo que con la fragilidad del pecado. Jesús sabe que Pedro le negará, que será débil, frágil. Lo da por descontado. Pero le habla de esto como a un niño que está aprendiendo a caminar: se da por descontado que caerá cien veces antes de aprender a estar en pie. Jesús no se escandaliza, la negación de Pedro y de los demás no es para nada un obstáculo. El Redentor es Él, solo Él. Pero recuerda a Pedro que la conversión no consiste en no haber sido débiles y pecadores, sino en el reconocerlo y volver a empezar desde la fe, desde la adhesión que se fía solo de Cristo, que se confía solamente a Cristo. Y la fe no es una recuperación de nuestras fuerzas, de nuestra coherencia, sino una gracia, un don que Dios nos hace para abrirnos a la Redención, a la Salvación, a la fuerza de volver a levantarnos, de estar en pie y caminar que nos da el Señor. La fe nos abre al misterio de la resurrección que el Padre obra en nosotros en el Hijo resucitado, por obra del Espíritu Santo.

“Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca” (Lc 22,32).

La consistencia de la fe de Pedro, de nuestra fe, es la fe de Jesús en el Padre. Cristo ruega por nosotros, por nuestra fe, por nuestra adhesión libre al misterio que nos salva, que nos redime, a pesar de todo. Quien se convierte en esto, “confirma a los hermanos”, es decir, ayuda a los hermanos y a las hermanas a tener esta firmeza, esta solidez inquebrantable, la de la fe que se abandona a lo que Cristo pide al Padre para nosotros, es decir, la salvación, la redención, la vida eterna en comunión con Él en la Trinidad. La conversión no consiste en el “reparar” nuestras fragilidades y caídas, sino en el volvernos a confiar a Cristo, a Cristo que se define a Sí mismo como confianza total en el Padre.

Sin embargo, lo que Jesús reprocha duramente a Pedro es el no tener ante Él el sentido, el sentimiento, el juicio, de las cosas de Dios, sino de los hombres. El verbo *phronein*, traducido en latín por *sapĕre* o *sentire*, no es comprender, no es tener inteligencia, no es dar la talla, sino más bien una posición del corazón, un sentimiento de las cosas, una intuición de la realidad, una percepción de lo real determinada y educada por la fe, y una fe en la que el acontecimiento de Cristo presente es el que provoca el juicio, la reacción, la actitud, la percepción, incluso cuando aún no se comprende.

El verbo *phronein* aparece una sola vez en los Evangelios, en Mateo y Marcos, allí donde recogen la corrección de Jesús a Pedro. San Pablo, sin embargo, lo utiliza a menudo, y en pasajes significativos, y pienso que esto se corresponde bien con su *metanoia*, con la conversión de pensamiento y de sentimientos que suscitó en Él el encuentro con el Cristo pascual.

Los pasajes paulinos en los que vuelve reiteradamente a este término merecerían ser profundizados y comentados ampliamente. No me es posible hacerlo en estos Capítulos, ni tengo la ciencia exegética necesaria para hacerlo. Los enumero en la nota a pie de página para una posible meditación personal.¹ Fijémonos al menos en que expresan un sentido de Dios, de uno mismo, de los demás, determinado por el acontecimiento de Cristo, es decir, son una memoria viva de Cristo que envuelve todo lo real. Cuando san Pablo utiliza el término *phronein*, lo hace designando una actitud de memoria de Cristo, y de Cristo muerto y resucitado por nosotros, que transforma la concepción y la relación que tenemos con nosotros mismos, con los demás, con Dios. Que transforma todo aquello en el hecho de ejercitar esta memoria. La memoria, por ejemplo, en las relaciones, es ya ella misma una relación nueva, una relación transformada por el acontecimiento de Cristo. El trabajo consiste, por lo tanto, en ejercitar esta novedad de conciencia fruto del acontecimiento de Cristo, que es conciencia de fe, fe en acto en todas las áreas de la vida. Solo así, solo ejercitando este sentido de las cosas en el que el acontecimiento de Cristo nos determina más que las cosas mismas, más que nosotros mismos, más que aquello que los demás son o no son, y más que las concepciones de Dios, de la salvación, de la relación con Dios que creemos haber adquirido ya, solo así la novedad de Cristo cambia nuestra vida y, consecuentemente, el mundo.

¹ Rm 8,5; 12,3; 12,16; 14,6; 15,5; 1 Cor 13,11; 2 Cor, 13,11; Gal 5,10; Flp 1,7; 2,2.5ss; 3,15-16.18-19; 4,2; 4,10; Col 3,2